

El terremoto humano

El sábado por la noche, en el momento del terremoto, volvíamos del campamento de asesoras de CEFA, con las pilas bastante recargadas y con ganas de trabajar con jóvenes en nuestro barrio. Regresábamos al fin a casa en bus con algunas compañeras de Santo Domingo que iban a quedarse esa noche en Guayaquil y con Alfonso, nuestro amigo y voluntario en Portoviejo.

Al llegar a casa Jaime, el hermano de Clara, nos cuenta que se ha movido la tierra. Nos pregunta si hemos sentido el terremoto. Decimos que no, que íbamos en el bus y nos enteramos por ello de que los sismos no se sienten en movimiento. Nuestra compañera comenta que nunca había sentido uno tan largo, y la cosa se quedó ahí.

Nos costó ir al centro al día siguiente, comenzar a ver noticias e imágenes por Internet para darnos cuenta de lo fuerte que era lo que realmente estaba ocurriendo y de la magnitud de la catástrofe que acababa de sufrir el país. Nos comenzó a llamar todo el mundo de Ecuador y de Madrid. El domingo pudimos ver en una nueva de octubre desierta (es como la Gran Vía de Madrid) y sin apenas luz cómo algunos edificios del centro parecieran a punto de desplomarse; también vimos enormes grietas y escuchamos en la televisión de la muerte de un hombre en un puente de Guayaquil. Al mismo tiempo, Alfonso se comunicaba con los amigos de su ciudad que daban cuenta de un Portoviejo desolado y destruído por completo y de que todos los vecinos se habían subido a la loma; del mismo modo recibimos noticias de Puerto López donde las personas se habían refugiado en la montaña por la alerta de tsunami.



El lunes a la vista de lo ocurrido, sabiendo ya que hablábamos de terremotos más fuertes que algunos de Japón, Jaime el hermano de Clara, y Alfonso se marcharon a Portoviejo a echar una mano y a ver cómo se encontraba la escuela y su propia casa. Nosotros nos dirigimos a la escuela que había suspendido actividades y a llevar unas donaciones de allá

a Hogar de Cristo, ya que están muy cerca. Nos despedimos en medio de toda esta vorágine deseándonos buen viaje.

Allá nos pidieron ayuda desde la coordinadora de voluntariado, Patty, para llevar unas donaciones a Portoviejo al día siguiente y aceptamos. El resto de la tarde fuimos a casa a

descansar porque aunque nuestra intención era ir al centro de convenciones de Guayaquil a organizar donaciones ya era demasiado tarde y no sabíamos ir bien. Estuvimos disfrutando del gatito que nos dejó el terremoto puesto que su madre lo abandonó asustada.

Finalmente el martes preparamos la furgoneta para partir. Nos dirigimos más lejos de lo previsto: a Jama, cuna de una de las culturas originarias de Ecuador, y que parecía estar mucho más destruida y desatendida. El viaje fue una odisea para juntarnos con el otro gran camión que venía desde Cuenca y la furgoneta. Los tres logramos llegar a Portoviejo, pero a partir de ese punto necesitábamos escolta policial. Llegamos al fuerte militar, que se ha convertido estos días en centro de acopio. Llegamos para llenar el camión con colchones y agua que los militares querían hacer llegar pero no tenían combustible para poder hacerlo.



Lo que vimos helaría a cualquiera las venas: una cola inmensa se agolpaba a la entrada pidiendo comida y gritando “¡las donaciones son para el pueblo!” No podíamos permanecer mucho tiempo allá, teníamos que mover la furgoneta, dos personas nos quedamos fuera vigilando. En el momento de arrancar Clara no pudo subirse a la parte de atrás y nos alcanzó corriendo. La gente la gritaba: “¡no os llevéis las cosas! ¿Dónde lo llevan?” La verdad es que se pasaba miedo. La desesperación se palpaba en el ambiente.

A través de la valla en el lugar donde pudimos dejar el carro esperando a que saliese el camión conversamos con un jovencísimo soldado que nos habló de cómo el centro de Portoviejo era un cementerio y de que su propia familia hoy no tenía nada que echarse a la boca. Le dimos una botella de agua y proseguimos de nuevo a la entrada del fuerte. Poco a poco la gente marchaba puesto que caía la noche, algunos con funditas de comida, la mayoría sin nada.

Conseguimos escolta policial para el camino. Ya era de noche y llevábamos un gran camión ahora aún más repleto. Los policías se iban turnando en las diferentes postas tal y como habíamos quedado en el fuerte, aunque algunos se resistían a terminar su turno. A la altura de Charopotó nos juntamos con otras camionetas, algunas transportaban cadáveres con máscaras y guantes. Se dirigían a Bahía de Caraquez. En este punto nos quedamos dormidos un trecho, nos dolía mucho la cabeza. Llegamos a Jama sobre las 12 y media de la noche.



Al llegar nos dirigimos al punto de emergencia-centro de acopio que se había instalado en el mercado según nos contaron en la UPC (Policía Comunitaria). En este centro dejamos algunas de las mercancías que nos habían entregado para seguir repartiendo a la mañana siguiente.

El pueblo estaba totalmente desolado, al ser de noche no veíamos el estado de todas las casas. Pero aun así alcanzamos a ver techos caídos y cables vencidos por todas partes. Dormimos en el patio de la familia de la doctora que nos acompañaba, originaria de allá y que estaba totalmente impresionada. La familia fue definitivamente amable dándonos cobijo durante la noche. A las 4 de la mañana sentimos una gran réplica, el suelo temblaba y se movía como en un

barco. Tan agotados estábamos que intentamos volver a dormirnos.

A las 7 de la mañana llegamos al centro de salud donde nos esperaban los médicos voluntarios con los que habíamos quedado para dejarles las cosas disponiéndolas para las brigadas que iban a hacer a los pueblos cercanos como Don Juan. En ese momento se estaba realizando una reunión del COE (Comité de Emergencias) con el alcalde, puesto que había mucha desorganización y se estaban replicando funciones como la recogida de información.

Tras insistir en que el camión debía irse hasta Cuenca algunos médicos y militares nos ayudaron a descargar agua y comida para los propios médicos y voluntarios, que nada tenían. El resto lo llevamos al centro de acopio, ya que era arriesgado aventurarse al pueblito con el camión. Sí vimos que en la otra puerta del centro de acopio descargaban varias furgonetas los voluntarios para ir a los pueblos y comunas. En ese momento aprovechamos para hablar con algunas familias que nos contaron cómo su casa se les vino abajo totalmente, preguntaban si Hogar de Cristo volvería a hacer casitas y también nos compartían sus ganas de volver a la calma. Encomiable fue como niños y adultos del pueblo de Jama ayudaron a descargar todo el resto del camión.



Hacia las 10 de la mañana nos dirigimos al “campamento” (no hay nada organizado) de Don Juan donde buscábamos a una chica a la que no encontramos.

Proseguimos nuestra marcha a Portoviejo a Hogar de Cristo. Agotados y bastante tocados con todo lo vivido y sentido. Además la marcha se vio interrumpida por los mareos continuos de Clara que finalmente pudo pararlos con la ayuda de la doctora y de una medicina.

El terremoto ha caído sobre una población que ya ha sido anteriormente vulnerada en sus derechos muchas veces, una población que conoce la corrupción, la falta de vivienda, agua potable y tantas cosas como dicen aquí. Por eso, el terremoto humano y no el fenómeno físico es lo que ahora importa tratando entonces de comprender que se reconstruirán vidas y no solo casas, proyectos, sueños y esperanzas; y no solo turismo y comercio.

En este sentido ojalá no decaiga la solidaridad humana y no sea cosa de unos meses en los que la tele nos despierta de nuestro letargo, sino que vivamos despiertos y que abramos los ojos canalizando nuestra ayuda a través de las organizaciones que merezcan nuestra confianza.

Sin embargo, que estas noticias fatalistas (la ayuda no llega, la ayuda no sirve) no nos impidan actuar y sentirnos cerca de tantas personas que (y doy fe de ello) todavía duermen con una pesadilla en el cuerpo: la de no estar seguros ni seguras de que la tierra sea firme y pueda sostenerlos.

Se trata de sostener, sostener emocionalmente y sostener humanamente en los próximos meses.
No olvidarnos de las alegrías para contagiarlas, superar el dolor y seguir caminando.

Clara y Jaime

Guayaquil, 21/4/2016

